



DIOSES DE ÉPOCA

1993-2006

VALENTÍ PUIG

Una memoria personal sobre las
incertidumbres de un cambio de siglo

DESTINO

Valentí Puig

Dioses de época. 1993-2006

Una memoria personal sobre las
incertidumbres de un cambio de siglo

© Valentí Puig, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-233-5967-7
Depósito legal: B. 7.977-2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por CPI Black Print
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Oro bondadoso - Aterrizar en Barcelona - Novelas o crónicas - La casa para siempre - «Hemos filosofado mal» - *Russian blue* - El túnel de la Rovira - Por qué *Dioses de época* - De Luis XVIII a Luis XVI

Pensar en los dioses de época es como aquella queja de un general británico en la guerra de Crimea: «Los servicios médicos habrían sido adecuados de no ser por los heridos». Demasiado humanos, andamos a tientas entre la fe y el azar, y damos giros a nuestra vida que ni son destino ni son la nada. Es la vida misma que nos hace cambiar de ciudad o de costumbres, de lecturas y de bares. Un cambio casi al azar nos llevaba de vivir en Londres a instalarnos en Barcelona. Me parece que el ángel de la Historia no juega limpio cuando nos hace buscar en el pasado cómo desviar el futuro, pero así pasan los años y vamos de aquí para allá, según la composición pascaliana de contrarios por la cual al final de cada verdad debemos añadir que nos acordamos de la verdad opuesta. Escribimos, saboreamos, sabemos, somos una y otra cosa al mismo tiempo. Después de unos años en Londres como corresponsal, al llegar a Barcelona pasamos varias semanas en un apartotel en la calle Ganduxer.

A.- Nunca he sabido qué es eso de la ironía. Por eso Xavi me fatiga. Solo es plata esterlina. Prefiero a Julián. El oro no cansa.

B.- Como quieras, pero me agradan los hombres que te hablan. Con ironía. Sí, prefiero la plata esterlina.

Con indiscreción escuché esta y otras conversaciones por el patio interior del apartotel. Eran voces de mujeres jóvenes, ligeras y muy listas, que parecían vivir con mucha soltura, más bien por la noche y dedicadas a seducir a sujetos, a los que catalogaban, sojuzgaban y posiblemente exprimían. En aquel apartamento mínimo, con el portátil y un fax, comenzamos a sobrevivir en Barcelona, afín entonces y siempre a los dioses de época.

Al llegar, los primeros días en Barcelona los habíamos pasado en un pequeño hotel de la Rambla de Cataluña —el Regente— mientras yo rehacía algunos contactos y Montse buscaba casa. Años antes, en los ochenta, cuando vivía en Palma y me iba a Barcelona en busca cándida de nuevos modos de disipación, en aquel hotel había recibido una lección comparable a las que Aristóteles diera a Alejandro Magno. Iniciaba las noches en la barra del bar Victory, en el pasaje Concepció, y luego todo siempre iba bien. Ya muy entrada la noche, en el paseo central de la Rambla, casi frente al hotel, los travestidos comerciaban y disputaban en una algarabía de alta tensión. En tramos de algunas calles transversales —con el alumbrado público, no sé por qué, apagado— abundaban los chaperos. Ya rozando la madrugada, una de aquellas noches, de regreso al hotel, un chapero me ofreció sus servicios. No dije nada, y se puso a insultarme con mucha agresividad acosándome hostilmente. Aceleré el paso y llegué, más insultado que nunca, al hotel. Le conté al recepcionista lo sucedido y pregunté: «¿Es eso normal?». Respondió: «Normal no, pero corriente sí». Aquella noche aprendí que en el mundo no todo es normal, pero sí corriente. Sabios recepcionistas de hotel, sabios en destilar la experiencia humana, sois mucho más que una nota a pie de página en la historia de la filosofía.

La primera noche en Barcelona cenamos en Les Set

Portes para celebrar el espejismo de vida nueva que depara un cambio de ciudad. En un poema contaminante, Kavafis viene a decir que es absurdo cambiar de ciudad esperando así cambiar de vida porque ya hemos hecho todos los destrozos en la ciudad primera. Es un poema para adolescentes y con los años uno se desembaraza del derrotismo de Kavafis y comprende la importancia de los prestigios de la voluntad a la hora de sobrevivir. Ha pasado mucho tiempo y no tengo muy claro, al dejar Londres de modo brusco e impremeditado, por qué decidimos ir a vivir a Barcelona, sin pensar en Madrid o Mallorca. Pero era junio de 1993 y habíamos llegado a Barcelona. Uno toma decisiones tajantes y al cabo del tiempo pierden sentido diluidas por una rara coalición entre la rutina y la lucha por la vida.

Regresábamos a España a pocos días de las elecciones generales, con un Gobierno socialista muy debilitado por la incertidumbre económica, el endeudamiento, el paro, los casos de corrupción y, en parte, por el GAL, mientras que el PP, liderado por José María Aznar, avanzaba hasta el punto de que algunas predicciones daban por hecho un empate. En Cataluña, Jordi Pujol se mantenía en el poder desde 1980, después del áureo regreso del muy honorable Josep Tarradellas. Para Cataluña, el trofeo de la Transición fue una autonomía política como nunca se había visto, ni por supuesto en los años tan aureolados de la Segunda República. Al contrario, la monarquía constitucional era la garante del nuevo autogobierno. Pujol reconocía que desde 1714 Cataluña no había tenido tanto poder para sí misma.

ETA asesinaba. Se habían sucedido las devaluaciones y la tiniebla supurada por el GAL generaba pasadizos sin salida, el gran dilema moral que todo Estado ha de afron-

tar en instantes culminantes para su existencia. Razón de Estado y Estado de derecho extraviados en el laberinto. No me dio la impresión de que la turbiedad del GAL fuese algo sobre lo que existieran ganas de argumentar. Pensé entonces, como ahora, que el Estado —como dijo no sé quién— tiene que disponer de los mejores para hacer los trabajos más sucios. Pero no parece que aquella operación fuese ejecutada por los mejores. Los enigmas de la razón de Estado seguirán siendo siempre reacios al normal ejercicio de la ley y de la claridad. Estado, poder, política y secreto opaco no dejarán de ser impuros.

En aguas muy agitadas, González obtuvo una mayoría simple. Comenzó la cuarta y última legislatura de un PSOE que, después de haber gobernado con el apoyo de Izquierda Unida, dio un giro pasando a contar con los escaños de CiU y PNV. Tras haber seguido la vida política española desde Londres, pensé que un cierto *jet lag* profesional y el tener a mano la política británica como paralelismo —ni mejor ni peor— me iban a permitir una distanciación positiva para observar lo que pasaba en España, pero no contaba con un ensimismamiento casi general.

Llegamos a Barcelona un atardecer de domingo, cálido y extrañamente quieto. La gran ciudad excita las ambiciones y a la vez las acota, indomable, omnipotente, vasta, irreducible a la abstracción, inasimilable a una idea. No habrá modo de sacudirla a fin de que se desprenda de todos sus tesoros, en beneficio de una aventura más del individualismo. La pululación de Barcelona —como tantas otras ciudades— tiene un magnetismo tan poderoso que el individuo capaz de sobrevivir por fuerza ha de aceptar un pacto con el diablo. Ciertamente, ya no podemos aspirar a ser el burgués perfecto que Werner Sombart localiza en la Florencia del siglo XIV.

De imposible imitación, son para añorar aquellos personajes de Balzac, jóvenes y ambiciosos como Rastignac, que desde la provincia llegaban a París y subían a cualquier cerro para apostrofar la gran ciudad, decididos a conquistarla fuera como fuera. En el entierro del padre Goriot, en el cementerio del Père-Lachaise, el joven Rastignac declama vehementemente su voluntad de dominar París. No sé cuál era la costumbre de los jóvenes húsares de comarca que llegaban a Barcelona con la idea de casarse con la hija de un magnate algodonerero, dominar la política como quien juega al billar, construir nuevos palacetes, hacerse el dandi, controlar diarios, ser capitanes de industria y tener las mejores amantes. Tal vez subían a Montjuïc y proferían su letanía de ambición y voluntad de dominio, dispuestos como fuera al triunfo o al riesgo de las derrotas de la mediocridad.

A finales del xx, Balzac estaba fuera de juego. A diferencia de la gran novela del siglo xix, la literatura aparecía exhausta, autosatisfecha con las obras de hamburguesa doble o escalopa narcisista. Yo seguía con la pasión por la literatura y la historia política. Leer y escribir. Paradójicamente, era un incentivo observar un mundo en el que, caído el muro de Berlín y recuperada la libertad en toda Europa, no asomaban nuevas ilusiones —ni, como había supuesto, energía moral e intelectual por transfusión de la disidencia del Este— porque la ilusión estaba en los megaconciertos pop, en las religiones a la carta, en hacer *footing* mientras el ciberespacio, cada vez más activo, se infiltraba en la vida de todo como una niebla baja. Tuve a mano una cita de Séneca: «Pregúntame por una verdadera imagen de la existencia humana y te mostraré el saqueo de una gran ciudad».

Solo adulamos a quienes de verdad no respetamos. En aquella Barcelona había oportunidades para adular, si apetecía. Llegues de día o de noche, con el tiempo te verás como una mota de una oleada migratoria, la parte ininteligible de una disonancia, la pieza minúscula de una gran transacción, la porción infinitesimal de una memoria recuperada, el componente microscópico de una reacción sin control. Así fue como mi mujer y yo arribamos a la Barcelona posolímpica.

De nuevo en España, seguía en el cruce en el que me había ido encajonando, sin saber ver salidas mixtas: creía determinante escoger entre la literatura de ficción o escribir sobre la realidad. Tenía un ensayo —*Annus horribilis*— a punto de llegar a las librerías y más ganas de interpretar que de contar. En realidad, estaba decidido a no escribir más novelas o relatos. Como décadas después, me importaba más el estilo que el género, la precisión, la observación imaginativa a la hora de interpretar, como ir en busca de una verdad inevitable que era de naturaleza inasequible, quizás por creer más en las estrategias estilísticas que en el aplomo de la abstracción.

Después de los primeros días en el Hotel Regente, Montse encontró un apartamento como domicilio transitorio en el apartotel de la calle Ganduxer. Se oían susurros de parejas, voces de actriz de doblaje y taconeos con poderío pero se veían pocas caras, como si en un orden secreto todos nos hubiésemos puesto de acuerdo para no coincidir en el ascensor. En los bajos del apartotel había una *trattoria* —Alberto's— con acceso desde el vestíbulo del bloque y eso nos abría mucho el apetito. Montse buscaba casa definitiva. Por las noches, bajábamos a la *trattoria* por el vestíbulo, saludábamos al *maître*, digno de un palacio afectuoso, e intercambiábamos partes de gue-

rra, encuentros y reencuentros en la nueva ciudad, el caudal urbano que pocas veces se remansa y que cuando simula hacerlo por la noche es cuando resulta más incitante.

Comencé a tener contactos con editores, colegas, condiscípulos de la universidad, viejos conocidos. Algunos llevaban tanto tiempo tocando de oído que habían ensordecido. Era como para recordar que Musil murió haciendo gimnasia y que prácticamente nadie fue a su entierro. Más bien en una posición económica inestable, decidí que en esas citas para almorzar, lo mejor era invitar, dar apariencia de haber aterrizado en Barcelona sin carencias, algo así como un *bon vivant* que viene de Londres y no tiene que preocuparse para llegar a fin de mes o de año. Creo que funcionó. En estas ocasiones iba mucho al Racó d'en Cesc —en la calle Diputació— o a La Punyalada, que tenía un pedigrí marchito de tertulias y una carta muy sólida, que culminaba con los vasos de vodka arropados con hielo picado. Me di cuenta de que con quienes me veía había curiosidad por saber las razones de haber acampado en Barcelona. En algún caso, sentí que estaba de más, porque aquella Barcelona estaba muy parcelada, de modo que a quien me preguntaba lo mejor era darle una respuesta lo más intrigante posible.

Venían años de comer poco en casa y de beber en todas partes, aunque el corazón me dio algunos avisos. Fueron tiempos de largas sobremesas. Disfruté de nuevo los puros habanos, en una Barcelona que había sido de grandes y sabios fumadores de habanos. Una nueva generación pretendía tomar el relevo, con un trasiego de nuevos ri-

cos que comparan vitolas, creen sentar escuela y cada día descubren la pólvora de Davidoff. Soy del parecer de que en estas cosas, como beber y fumar habanos, hay que mantener lealtades razonables pero sin poner obstáculos a las novedades. Así ocurre con los whiskies hasta que abandonas el escocés como quien se quita de encima una amante ya ajada y de aroma cansino y te pasas al malta. Cuando llegué a Barcelona, llevaba años fiel a la Casa de Montecristo. Se sabe que se llaman Montecristo porque, mientras los cubanos trabajaban en los talleres tabaqueros, un lector les leía en voz alta alguna gran novela. Según la leyenda, el entusiasmo por la historia de Montecristo llevó a los trabajadores a pedir perpetuar el personaje de Dumas en una vitola. Ramiro de Maeztu, en sus años cubanos, fue uno de esos lectores.

Al final alquilamos una casa para toda la vida, una planta baja por encima de Mitre, en la primera estribación del Putxet, parte de un bloque urbano heterogéneo, con distintas entradas y formatos, como las viviendas de la familia Salvatella, propietaria del edificio y de una añeja editorial de manuales escolares. La casa que alquilamos tenía en la planta baja un gran despacho forrado de madera y chimenea falsa y luego una sala comedor espaciosa. En el piso teníamos los dormitorios y los pasillos abarrotados de libros.

La sala tenía una especie de mirador con las esquinas truncadas que daba a un patio rectangular por el que toda la vivienda respiraba anímicamente. Allí pusimos la mesa del comedor. Dos escalones bajaban al patio, con unas tinajas con floraciones de color evanescente, varias macetas grandes con ciruelos jóvenes de hoja morada sin frutos y un ancho arriate de cañas de bambú. Las casas en las que vives a gusto tienen sus divinidades, su espíritu, y aquella casa lo tenía. El patio encajaba con una su-

cesión alineada de otros patios traseros. De forma casi ominosa, la parte trasera —sin ventanas ni balcones, de piedra sin remozar— de un edificio del que nunca fui a ver qué fachada tenía estaba cubierta por una hiedra común que arrancaba de nuestro patio, con troncos tan gruesos como los de *El libro de la selva*, predilectos para pájaros que anidan según los ciclos atmosféricos. Aquella hiedra tan dilatada cubría a modo de tapiz verde tupido los cinco o seis pisos del edificio que nos daba la espalda.

La más potente de la familia Salvatella era Rosa, con quien tuvimos muy buen trato. Ella era como la última matriarca del Putxet, una Barcelona enquistada entre las indecencias del crecimiento urbanístico. Rosa Salvatella tenía carácter, voluntad, sabía decidir, y por eso —y tal vez por razones patrimoniales— era la cabeza de familia, una matriarca a la que cada mañana veía leer el periódico con las piernas estiradas. Mentalmente era «la ben plantada», canosa, con mando, sobre todo con un sentido de la justicia que no se sometía a la conveniencia y a la medianía. Aquella mujer inteligente era la garantía de un orden natural ecuánime y de toda confianza.

En esa franja de patio dominaba el gato avieso y panzudo de unos vecinos. Marcaba su territorio sin reparos. Le llamamos Tigelino, en homenaje a la guardia pretoriana que en la antigua Roma ponía y quitaba emperadores como quien cambia de caballo. Con un espray de sustancias cítricas que repelían a los gatos evitábamos que Tigelino efectuase unas *razzias* que desquiciaban nuestro orden doméstico.

Hicimos la mudanza —no sería la última, dirigida por Montse con atinada logística— y de inmediato fuimos parte de aquella calle, con nuestros viejos muebles del piso de Palma, libros, cuadros, vajilla familiar; como

el trasplante venturoso de un humus que nos vincula a la gran continuidad. Una vez más vivimos en una nueva casa como si hubiese sido siempre la nuestra.

Me gustaba pisar la acera desde una planta baja, sin tener que usar escaleras ni ascensor. Trabajaba a gusto en el gran despacho con chimenea y estantes de madera empotrados, un despacho como de notario o abogado con clientela adinerada. Mientras tanto hacía contactos, y ya me había puesto a escribir comentarios de política internacional para *ABC*. Sigo convencido de que el Putxet era entonces uno de los mejores lugares donde vivir. Todo quedaba a mano y tenía la sencilla nobleza de un mango de herramienta lustroso por el buen uso. Taxis en República Argentina, estación de metro en Lesseps, el sapiente quiosquero de la plaza, lugares razonables donde daban de comer y beber a buen precio al otro lado de Mitre, adonde cruzábamos por un puente estrecho como una pasarela, por encima del tráfico, día y noche. Después de cenar, regresábamos a casa, con toda la felicidad posible, rematando un buen puro antes de bajar la persiana de la noche con una última copa en la mano frente a la televisión. Por los cristales del pequeño mirador, un reflejo de luz sesgada daba lustre a la vieja hiedra espumosa. En la encrucijada de los patios se mecía una palmera a la que con el tiempo cotorras y pequeños papagayos se acogieron de modo tan estrepitoso que hubo que recurrir a un servicio municipal que los exterminaba, porque a veces podían ser agresivos.

La totalidad de los patios traseros se configuraba irregularmente, con esa suma de efectos asimétricos que tanto tiene que ver con los estadios evolutivos de una comunidad que crece orgánicamente. Algún perro, unos pocos niños, ciudadanos solitarios empeñados en mantener la vida de unas plantas sin mucha vida. Era una exis-

tencia casera, sin roces ni resquemores. Oías las voces de los vecinos como un eco. Volví a la infancia de patios observados desde el balcón de la cocina, ventanas indiscretas para un mundo seguro. En la calle Homero no había margen para un *voyeur*. A diferencia de las vecindades tan promiscuas que limitan la vida privada, en aquella intercomunicación de patios predominaba la discreción. Bendita discreción. Un rumor de mujeres afanándose en casa, como en las mañanas de mi infancia. Una niña que canta y probablemente juega sola.

En aquel despacho casi cuadrangular, con dos ventanas al exterior que siempre mantuve bajadas, y con su *boiserie* de empaque sin mampostería, pasé las horas leyendo y escribiendo. Por las ventanas oía pasar a los vecinos. Circulaban pocos coches. Se llegaba a casa por un atajo de Lesseps. Por las mañanas iba a comprar la prensa. Así comienzan las grandes rutinas, agregando partículas de un orden ancestral que los hombres, en sus talleres de carpintero o en sus laboratorios de bioquímica, mantienen vivo cada día para que esté ahí a la mañana siguiente rechazando el caos. Después de desayunar en alguna pequeña cafetería, desplegaba los periódicos en la mesa del comedor y me preparaba para mi dosis diaria de progreso en forma de evolución tipográfica. Me temo que Hegel pecó mortalmente al creer en la voluntad del espíritu universal —del progreso— cuando decía que la lectura de los diarios matutinos es como una especie de bendición realista de la mañana. Mientras tanto, en su terraza, Rosa Salvatella, con las piernas estiradas sobre una silla de tijera, leía su periódico en las antípodas de mi ansiedad y de un escepticismo histórico. Me agregué a la costumbre.

Lesseps era —y es— todo lo contrario del ágora. Le habían infligido asimetrías despiadadas, toda suerte de

ocurrencias arquitectónicas cuyo agravio moral afectaba a la capacidad humana de ver y vivir. Algunas ciudades crecen como una desgracia, como una agregación vegetal que, erizada de arbustos silvestres, da la espalda a lo más noble de la plazuela, en la que verse cara a cara y hablar con confianza equivale precisamente a ser ciudad. Más allá, Barcelona se escalonaba irregularmente, hasta llegar a las estribaciones ladeadas del Tibidabo, que a partir de la avenida General Mitre acumulaba una expansión errabunda, como si lo urbano fuese cada vez más híbrido, la ciudad que avanza cubriendo viejos torrentes, hondonadas. De allí la ciudad ascendía hacia la Travessera y, luego, la Carretera de les Aigües, hasta que te dabas la vuelta y podías divisar una gran techumbre, como ciudad que se improvisa constantemente y no acabas de saber si su poso de sensualidad procede del crecimiento armónico o de la anarquía siempre recomenzada. Como patología urbanística, Lesseps era un rincón vergonzante de una Brasilia de rebajas.

Desde el Putxet, tenía a dos pasos a Joan Perucho y Carlos Pujol, en República Argentina. Desde que en los años setenta asistí a sus seminarios en la universidad, la relación con Carlos Pujol había sido una de las más fructíferas para mí. Leí sus libros de crítica literaria, sus traducciones y, *last but not least*, sus novelas, entonces más bien secretas, algo que para el autor era un deleite que interpreté como una forma muy inteligente de blindarse contra la indiferencia y no caer en la tentación del buen escritor que no se ve reconocido, postergado por los mimetismos, las modas ideológicas.

Había hablado con él de mi dilema —él lo veía como un falso problema— entre la literatura de ficción y la literatura de cosas vistas. A mediados de los setenta uno entraba en una de las aulas seminario de Filosofía y Le-

tras y se presentaba un hombre alto, cargado de hombros, enjuto y huesudo, de voz grave y con la inteligencia de quien comprende y matiza sabiamente para dar sus lecciones sobre Proust con frases que aparecían construidas previamente, con la solidez de un lector de todo defendiendo en el foro romano la resistencia contra los bárbaros. Tenía ese punto de fatiga en las espaldas con la que el intelectual auténtico asume su deber de buscar la verdad, que para él, Carlos Pujol, era sobre todo la literatura. De literatura lo sabía todo. Están sus ensayos sobre Balzac, Saint-Simon, los victorianos, la novela francesa, Voltaire, incluso una amena historia de la literatura universal.

Entendía al hombre como incapaz de ser libre en un entorno distinto al que ofrece la familia como matriz de civilización. De esta historia secreta de las naciones y de la belleza de soñar se nutrían sus novelas, sutiles en su consideración del tiempo que se sobrepone a lo histórico y logra la pirueta de lo eterno, como fue su Roma, la Roma de una novela como *La sombra del tiempo*, la Roma del poema largo sobre Bernini. Fueron doce novelas de hierro, del París de *Los días frágiles* a *La noche más lejana*. Los poemas pasan por *La pared amarilla* y *Versos de Suabia*. ¿Hasta qué punto la literatura puede fundar una noción de piedad?

También era un mentor infatigable. Ayudó a un buen puñado de escritores en rodaje, quienes agradecían o no sus consejos, los encargos profesionales que procuraba, el ejemplo de una vocación que era todo orgullo y para nada vanidad. Formar parte de uno de los jurados literarios en los que ejercía su ecuanimidad con deliciosa malicia era un festín del espíritu. Él me integró en el jurado del Premio Ramon Llull —después de apoyarme para ganarlo— para comer y hablar con Pere Gimferrer, el

profesor Vilanova o Gabriel Oliver, presididos por la gran dama María Teresa Bosch de Lara. Se decían cosas inolvidables. Carlos Pujol pasaba de su tortilla preceptiva al cigarrillo de humo denso y, con una sonrisa que venía de muy lejos para perdonarlo todo, alentaba esa dialéctica que los más jóvenes confunden con el dominio de la razón. Su memoria se remontaba a la poesía de Ausonio o a oscuros episodios de la épica medieval, discutiendo sobre Barrès o las memorias de Zorrilla, con un lugar especial para la leyenda de Sherlock Holmes. Era consejero literario de un mundo editorial que era su Planeta. El traductor iba de Chateaubriand a Stevenson. Carlos Pujol es uno de esos grandes mariscales secretos que toda la literatura tendría que tener. Hubiese sido un gran mandarín de la cultura. Una buena literatura necesita mandarines.

Su idea de la crítica al servicio del lector y no del crítico era constatable en el prólogo a su traducción de *Un amor de Swann*. Comenzaba hablando del señor Swann como si fuese alguien que ha visto pasar por la calle o con quien hubiese estado hablando de pintura en el salón de madame Verdurin. ¡Lo que hubiésemos pagado por estar en ese salón! Le ve como «un viejo amigo soñado», alguien que «vive por el placer de vivir». Es decir, Pujol escribe unas páginas magistrales sobre Swann, un ser de ficción que al aparecer en la novela se convierte en algo real.

No pocos, con solo la mitad de su obra narrativa o poética, se hubiesen creído con derecho vitalicio a una habitación con *jacuzzi* en el Parnaso, pero él seguía siendo Carlos Pujol, un escritor casi secreto, un maestro, un portento de *finesse*. Y, por decirlo así, *finesse oblige*. Si cometió algún exceso, fue de integridad. Todos, se diría que sin excepción, fuimos algo ingratos con Carlos Pujol.

Al prologar los aforismos de Joubert, Carlos Pujol recuerda que en 1799 dijo: «Hemos filosofado mal». He ahí toda la pesadilla, el desengaño y la amargura del fin de siglo. Al salir de una de sus clases a mediados de los años setenta, le pedí cuál era la mejor revista para seguir la literatura de aquella época, para estar al día. Sonrió: «No hay que estar al día, hay que estar al siglo. Al siglo XVII, a lo sumo». Estaba claro. Era, evidentemente, un criterio incorruptible. Vivir entre los hombres y participar en sus afanes, pero —como Joubert— sin identificarse con ellos.

Estrenábamos vecindad. Hablamos largo rato. Le faltaban unos años para cumplir los sesenta. A diferencia de los maestros que solo se escuchan a sí mismos, él escuchaba a sus interlocutores y aconsejaba si se lo pedían. Aquella tarde repitió su entendimiento de Henry James: «Para él la vida es la literatura, no lo heredado, sino lo que ha elegido, no lo que es, sino lo que escribe». Incluso se permitió ser más stendhaliano que pro-Balzac. Por un momento, el escritor sedentario que era parecía añorar la acción vital y por eso acierta con Stendhal: «Vivir como Fabricio, pero ser el conde Mosca; dominar el mundo desde las alturas de la inteligencia desengañada, pero incorporarse, al menos con la imaginación, al torbellino de las cosas». Me cogió de improviso porque le recordaba criticando que la novela hubiese despreciado los procedimientos de Balzac yéndose por caminos por los que la realidad se disuelve —había escrito— «en simulacros engañosos que siempre tienden a la paradoja y a la decepción». Insistió en la pérdida de confianza en el valor representativo de unas apariencias visibles, confianza propia de la gran novela del siglo XIX, algo anclado en la conciencia colectiva y que había pasado a ser lo que la literatura contemporánea tendía a olvidar de modo sui-

cida. En otras palabras, Flaubert era —digo yo y no el fino Pujol— un perturbado del estilo. Carlos Pujol tenía el hábito de leer el *Kim* de Kipling todos los años. Revivía el Gran Juego. Kim —decía— compila el linaje Kipling. Él me iba hablando, sacudía la ceniza de su Ducados Negro. A lo que va de Stendhal a Houellebecq, ¿para qué darle descripción? Mientras tanto, siguen existiendo los fuegos fatuos y la trama de las galaxias. Salí contento por haber llegado a Barcelona para reanudar aquellos encuentros con Carlos Pujol. Bajaba hacia casa aún más convencido de que lo fundamental es escribir y no hacer de escritor.

Otra tarde subí por República Argentina hacia el piso de Joan Perucho. Pujol y él eran vecinos, amigos, cómplices. Perucho, a diferencia de Pujol, tenía el afán de un querubín por disfrutar del lugar privilegiado que le correspondía en la literatura catalana y que los pontífices del sociologismo nacionalista le habían negado. Le había tratado años antes al haber escrito sobre sus libros. Me advertía que en Barcelona fuese cauteloso a la hora de decir lo que pensaba porque, por su experiencia, eso acaba perjudicando. Ese era su caso: defender la literatura imaginativa en tiempos de realismo, escribir en catalán y castellano cuando eso seguía siendo un pecado para el resistencialismo, creer en Dios y en el diablo, anteponer el arte a la ideología. Entonces tenía setenta y tres años. Seguía en el punto preciso de exaltación cándida y serena de las cosas. Ronroneaba por el salón la gata *Russian blue*. Años después, contaba cómo una hoja de abedul se posó en su frente el día que fue a ver la tumba de Poe en el cementerio de Baltimore. Luego, a punto de embarcar, paró en una librería del aeropuerto y allí estaba el ensayo de Harold Bloom, con la mención a Perucho en su canon de los mejores. Era la bendición fantástica de Poe. Inventada

o no, aquella historia iba perfeccionándose en el detalle, hasta el punto de que, con cada uno de sus ademanes elocuentes, Perucho nos hacía ver cada vez mejor cómo la hoja fue a posarse en su frente, enviada por el poeta que contempló el hundimiento trágico de la casa Usher.

En sus mejores páginas, deja una huella dactilar de entidad luminosa, como los ángeles y los arcángeles. La revista *Destino* le había acogido para que escribiera sobre cuanto le viniese en gana. Así sobrevivió para los lectores. La crítica le tenía por transgresor cuando en realidad iba en pos de lo sacro, del ritual del misterio, al otro lado del espejo. Curiosamente, me había hecho leer el diccionario diabólico de Collin de Plancy, pero aquella tarde reconoció que el miedo le llevaba a esconderse en la cocina cuando veía al personaje maléfico de un culebrón de TV3.

Aquella tarde, entre dos siglos, también me explicó hasta qué punto en su mundo imperaba el estilo católico, apostólico y romano, «pero con un gran sentido del misterio y de lo sobrenatural, y, naturalmente, en latín». Si yo estaba regresando a la fe de mis antepasados, con Perucho entendí *ipso facto* el vínculo entre la creencia y la liturgia. Eso me ayudaría a explorar mejor las corrientes subterráneas de la fe. Ahí resonaba el viejo gong de Constantinopla y no de Estambul.

Mientras Perucho no dejaba de escribir ni un solo día te dabas cuenta de hasta qué punto el mecanismo necrófilo de la cultura catalana es implacable y por eso se va quedando sin lectores. El novelista Joan Sales decía que ningún escritor está obligado a escribir en una lengua que los mismos que la hablan son los primeros en no leer. Anoto que Perucho tenía un notorio sentido práctico. Poco antes de los inicios de la crisis de Banca Catalana, retiró de caja su patrimonio, con gran prudencia. Decía

que uno no puede fiarse de un banco que gasta el dinero de sus clientes pagando para que unos alpinistas pongan una bandera catalana en la cima del Everest. Esa era la otra cara de Perucho, sensato como el buen juez que fue hasta que se hartó de los reos de justicia y pudo dedicarse venturosamente a leer y escribir. De la angeología pasaba a las transparencias de la prosa de Muñoz Rojas. En el vestíbulo del piso te despedían los labios finísimos de una escultura de Casanovas.

La censura que mantenía a Joan Perucho apartado es algo que se pudo constatar en la reunión del jurado de uno de los premios nacionales —ensayo, poesía o novela— en la sede del Ministerio de Cultura. No importa en qué año. En los distintos jurados, éramos un buen número de miembros conjurados para nominar a Perucho para el Premio Nacional de las Letras. Son recomendaciones no vinculantes, pero creíamos que la unanimidad acordada podía influir a la hora de, finalmente, decidir el premiado. En el jurado del que yo era miembro, el nombre de Perucho turbó el sopor del representante del Institut d'Estudis Catalans. De forma fulminante se opuso a la nominación de Perucho, sin ningún argumento. Se limitó a rechazarlo de modo frontal, evidentemente porque Perucho había cometido el crimen de escribir en catalán y también en castellano. Luego propuso otro nombre que fue secundado por los miembros del jurado —las academias vasca, gallega y otros—, que acostumbra a votar en bloque, y algo parecido ocurrió en otros jurados, pero aquel otro candidato no obtuvo el premio, a diferencia de las posibilidades reales que hubiese tenido la candidatura de Perucho.

Al hombre del Institut d'Estudis Catalans, un historiador de la literatura catalana muy dotado para la me-

diocridad, le incomodaba participar en el reconocimiento de alguien como Perucho, escritor en catalán y en castellano. Luego hubo otras oportunidades para Perucho, pero la mezquindad deja poso.

Al adentrarse en la franja más allá de Mitre, el cauce parecía angostarse, bajando por calles imperfectamente paralelas hacia la pululación del barrio de Gracia o prolongándose hacia Horta, cruzando por el túnel de la Rovira, un trayecto más que venturoso cuando salíamos de casa con la ilusión de cenar gozosamente y luego, al regresar a casa, sentirnos como en un abrazo furtivo, casi adúltero. Allí estaba el restaurante Gaig, a la medida del *homme moyen sensuel*, reducto inexpugnable del buen comer, lograda conversión de la fonda para carreteros en restaurante de primera, con un jardincillo al fondo, camareros de primera división y sobremesas hechas para la indiscreción y ver pasar la sombra de los misterios de Barcelona. Un camarero providencial, con estatus de sumo sacerdote, nos proveía de dry martinis meteóricos, y después del postre aparecía Gaig, con una chaqueta blanca entre chef expeditivo y dentista de Hollywood, meciendo en sus brazos la pila de cajas de habanos —la más nutrida de la ciudad—, como uno de aquellos tres seres que se arrimaron al pesebre con oro, incienso y mirra. El oro era el tributo a la realeza del recién nacido; el incienso, símbolo divino; la mirra, bálsamo aromático para la santa sepultura. ¿Es irrespetuoso invocarlos al aparecer Gaig con los puros? Más bien, sería el gran respeto a la creación divina y al ser humano que secó las hojas de una planta tropical, las enrolló y les prendió fuego para que así catáramos aquel humo sagrado y nicotínico que en unos años iba a ser prohibido. La suerte de frecuentar Gaig en cuanto lle-

gamos a Barcelona me evitó la nostalgia de las comidas precedidas de tres dry martinis o dosis oceánicas de bull shot, en los años de juventud caótica, en Palma.

Desde finales de los años sesenta del siglo pasado vengo escribiendo unos dietarios de los que he publicado varios volúmenes. En 2020, al considerar la edición de otra entrega, me atrajo la idea de darle forma de un volumen de memorias que abarcaría desde 1993 —el año en que regresé de Londres, donde había sido corresponsal del diario *ABC*, y nos instalamos en Barcelona— hasta 2006, cuando nos mudamos a Madrid. Como condición, me impuse explicar y relatar la secuencia de ese periodo sin involucrar lo ocurrido después, ese *a posteriori* que nos hace creer que así entendemos mejor el pasado. Si alguien te engaña o estafa eso es lo que ocurrió y solo posteriormente dedujiste que era un embustero. De modo que así, aposta, sin los recursos del futuro, amalgamé las notas de dietario de aquellos años y el caudal de la memoria —no siempre fiel, pero aquí sujeto a la secuencia de lo ya anotado— en el intento de dar forma a una pieza de memorialismo. La título *Dioses de época*.

De la literatura catalana, como de la castellana con Ortega o Azorín, seguía aprendiendo a escribir con Josep Pla y a la vez me seducía más y más la conciencia moral y la intensidad poética de Joan Maragall. Volví a sus poemas y artículos, a su mundo, a su Barcelona única. Me daba cuenta de que Maragall fue el intelectual decisivo de la Cataluña moderna, aunque sus libros de poemas tuviesen una difusión muy limitada y su influencia en la vida pública proviniera de sus artículos en el diario *Bru-si*. Maragall es de una moderación luminosa, para nada cobarde sino valerosa. Sobre todas las cosas, deseaba una política del bien común, una transfusión constante

de la moral a la política. En los años noventa del siglo xx, una de las pocas ideas claras era la urgencia de un retorno a la *civitas*. Maragall representó la idealidad ejemplar, que en sus mejores momentos es la que reúne las patrias en torno a su espíritu de siglos. No es menos cierto que los idealismos absolutos han podido generar más daño que algunas formas de cinismo porque todos los días constatamos que el mundo no es perfecto. Es la diferencia que hay entre creer que todo se puede mejorar y procurar que nada empeore.

Pasan las revoluciones, el terror, los nuevos imperios y más guerras europeas; luego Luis XVIII entra en París y hace decir misa allí mismo, donde estuvo el cadalso de Luis XVI. Instalados en Barcelona, iba a terminar el siglo xx y lo que se veía venir era muy indefinido. Ya en el nuevo siglo, cayeron las Torres Gemelas de Manhattan. Vi por televisión una filmación del 11-S. De entre el pavor del humo aparece un bombero o policía. Un cámara se acerca e intenta hacerle una pregunta. Él responde de forma desabrida y magistral: «*This isn't fucking Disneyland*».